



# EL DISCERNIMIENTO EN LA FILOCALIA

*Por Norma Novoa*

**L**os Maestros filocálicos, después de años de observación y de práctica espiritual, nos legaron varios métodos para purificar nuestra mente y llegar a un estado de paz y tranquilidad, con el fin de prepararnos para el camino espiritual. Estos métodos tienen como idea fundamental enseñar a discernir entre los pensamientos que asechan en la mente del buscador espiritual. Frecuentemente, Evagrio Póntico los denomina pensamientos perturbadores o demonios. Cuando se habla del «demonio» en este contexto, se hace referencia a todo lo que puede llegar a ser un obstáculo en el progreso interior, en especial, los condicionamientos mentales, o lo que los Padres han llamado logismoí, muy mencionados por Evagrio Póntico y Juan Casiano en sus obras principales. Los logismoí, pensamientos, vicios, o tentaciones que turban la mente del buscador espiritual son: aidez o gula, fornicación o lujuria, codicia o avaricia, tristeza o angustia, ira o aversión, acedia, vanidad y orgullo. Juan Casiano, por ejemplo, invita a sus monjes y dis-

cíbulos a buscar a Dios por medio del conocimiento y la estabilización de sus pensamientos, y remarca la importancia del conocimiento y observación del funcionamiento de la mente para lograr el progreso espiritual. Por su parte Evagrio Póntico enseña que la renuncia a los condicionamientos mentales es la base para iniciar un camino interior de transformación y liberación de las ataduras mundanas, dicha renuncia nos acerca cada vez más a nuestro espíritu. No es necesario entrar en un monasterio y hacerse monje para iniciar un serio camino interior, nos dice, sino que la práctica espiritual puede llevarse a cabo desde cualquier lugar o situación en la que nos encontremos en nuestra vida.

Para Gregorio del Sinaí, la victoria sobre las pasiones o logismoi sólo nos deja a medio camino del verdadero conocimiento. Únicamente gracias a la vigilancia del corazón podrá el espíritu recibir la revelación de la Luz divina y alcanzar la divinización de la totalidad del hombre. Nos dice:

“Es necesario mucho discernimiento para no desear las cosas antes de tiempo y para no rechazar las cosas que tenemos entre las manos por imaginar otras”.

Por ello, el discernimiento es considerado como uno de los mayores carismas (dones). En “Acerca de la contemplación y la oración” sostiene:

“Ningún principiante persigue a un pensamiento que no haya sido perseguido antes por Dios. Y aún estos –los principiantes- no pueden perseguir al pensamiento por sí mismos sino que traban la lucha al lado de Dios... En cuanto a ti, cuando te vienen los pensamientos, invoca a menudo y con paciencia al Señor y ellos huirán; no pueden soportar el calor de la oración que se desprende del corazón.”

Por otro lado, éste es un don que está ligado a los sentidos espirituales, en la medida en que se trata de una especie de visión o de gusto interior:

“El discernimiento es como el ojo y la lámpara del alma”, dice Casiano, y en su discurso sumamente útil a propósito del discernimiento, enseña: “El don del discernimiento no es poca cosa o cosa terrena, sino un inmenso don de la gracia divina. Y si el monje no lo persigue con toda su fuerza y todo su empeño, y no enfrenta con pensamiento seguro el discernimiento de los espíritus que lo acosan, le acontecerá forzosamente –como a quien vaga en la noche– que caiga, no solamente en los infiernos del vicio, sino que tropiece también en los caminos llanos y derechos”.

Evagrio Póntico sostiene que el trabajo del asceta consiste en librarse de las malas inclinaciones tratando de desarraigarlas en la medida de lo posible. Esto conforma la primera parte



de la vida espiritual. Este esfuerzo de liberarse para orar comienza paradójicamente por la oración misma:

“Ora primero para ser liberado de las pasiones”

En su Tratado de la oración enseña:

“Si Moisés, tratando de acercarse a los arbustos que ardían, no pudo hacerlo hasta tanto no se hubo quitado el calzado de los pies, tú que quieres ver a Aquel que supera todo sentido y todo pensamiento, y conversar con Él, ¿cómo no te desprenderás de todo pensamiento pasional?... Quien ama a Dios, conversa siempre con El como un Padre, despojándose de todo pensamiento afectado por una pasión”.

El análisis de los pensamientos constituye una de las mayores contribuciones de Evagrio para la senda espiritual. Enseña que monje es aquél que para estar enteramente disponible en la búsqueda de su único fin, la contemplación de Dios, se aleja del mundo. Renuncia a todos los quehaceres humanos que son fuente de división y agitación, para establecerse en la calma que procura la soledad. Pero todo esto no basta para alcanzar la contemplación divina. En la soledad no desaparecen los pensamientos que son los que ponen en movimiento las pasiones. Libre de la lucha exterior, el monje se enfrenta con el difícil combate interior o inmaterial, y éste debe ser salvado por la vida ascética, que es el método más eficaz contra los pensamientos. En su Tratado de la oración expresa:

“Pugna para que tu espíritu, en el tiempo de la oración, sea sordo y mudo. Entonces podrás orar... La oración es un retoño de la mansedumbre y de la ausencia de cólera... La oración es fruto de la alegría y de la acción de gracias... La oración es defensa contra la tristeza y el abatimiento... A veces, en cuanto te pongas en oración orarás bien. Otras veces, aunque te esfuerces mucho no alcanzarás tu objeto. Esto último te sucede para que busques más y, una vez que halles, guardes inviolablemente lo que hallaste... ¿Qué hay de bueno fuera de Dios? Por lo tanto, entreguémosle todo lo que tenemos y nos hallaremos bien. Él, que es plenamente bueno, nos regala con sus bienes... La oración es una ascensión del espíritu hacia Dios... Si deseas ardientemente orar, renuncia a todo para recibir Todo.”

El gran Padre Antonio ha dicho ¿Qué es lo que hace desviar del recto camino? A su entender, esto depende de la falta del carisma de discernimiento. Es el discernimiento el que enseña al hombre a caminar por la vida recta, dejando todo exceso de un lado y del otro. *“El discernimiento es una especie de ojo y de lámpara del alma”*. Y efectivamente es así:

“Porque el discernimiento, escrutando todos los pensamientos y las obras del hombre, distingue y separa todo lo que es malo y poco grato a Dios, alejando del hombre el engaño. Y esto lo aprendemos también de lo que nos narran las Sagradas Escrituras.”

También Pedro Damasceno, en el “Argumento del libro” define al discernimiento:

“En toda acción necesitamos del discernimiento, para saber evaluar cada cosa según las circunstancias. El discernimiento es una luz que indica, a quien la posee, el momento, la acción, la ejecución, la fuerza, el conocimiento, la potencia, la fe, la disposición íntima, etc. en fin, la conducta, la libertad de acción, la vigilancia y otras cosas del mismo género. Luego también la naturaleza de las cosas, su uso, la cantidad, las formas y el sentido de cada palabra de Dios que está en las Sagradas Escrituras, el sentido de cada una de las expresiones”

En los capítulos sobre la perfección espiritual Diadoco de Foticé expresa:

“El auténtico conocimiento consiste en discernir sin error el bien del mal; cuando esto se logra, entonces el camino de la justicia, que conduce al alma hacia Dios, Sol de justicia, introduce a aquella misma alma en la luz infinita del conocimiento, de modo que, en adelante, va ya segura en pos de la caridad... La sensibilidad del espíritu consiste en un gusto acertado, que nos da el verdadero discernimiento”.

Discerniendo sin error lo bueno de lo malo, nuestro espíritu, comienza a prescindir de inútiles preocupaciones, se hace capaz de experimentar la abundancia de la gracia divina y lo más importante, retener en su mente el recuerdo del sabor de



Dios, para distinguir y quedarse con lo mejor, porque como enseña Diadoco:

“El mal no tiene existencia natural, ni nadie es malo por naturaleza. Porque Dios no creó nada malo. Pero cuando uno empieza a desear el mal, entonces lo inexistente empieza hacerse existente, y tal como quiere aquel que lo comete. Se debe, pues, con el ejercicio en la memoria de Dios, olvidar y abandonar la costumbre y disposición al mal. Porque la naturaleza del bien es más fuerte que el hábito del mal. Esto porque el bien existe, en cambio el mal no, salvo cuando lo cometemos”.

*Por la Prof. Norma Novoa  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---